

Una IU para un nuevo país Construyendo un movimiento político y social socialista, feminista y ecologista

XI Asamblea de Izquierda Unida

¿Qué estrategia y discurso tiene que conformarse para avanzar hacia una salida social, anticapitalista, antiimperialista justa y democrática de la crisis en clave de ruptura?

Estrategia política

La crisis está golpeando sobre todo a las clases populares, especialmente a las capas más vulnerables. Hablamos sobre todo de privaciones de carácter material, como el acceso a una vivienda, a los suministros básicos tales como el agua o la luz pero también a la alimentación.

A pesar de este hecho incontestable, todos los análisis de la realidad nos han demostrado que los partidos anticapitalistas de Europa no han conseguido el respaldo mayoritario de las clases populares. De hecho, se ha demostrado que en el conjunto de Europa los partidos anticapitalistas han captado a sus votantes debido a aspectos ideológicos y culturales, como la conciencia de clase, la participación en sindicatos o la identificación con la izquierda, pero no debido a los intereses materiales de las clases populares. El resultado es que cada vez hay más sectores golpeados por la crisis y la globalización que se encuentran huérfanos de referencias en la izquierda y se acercan a partidos neofascistas. Esto supone una verdadera amenaza, contra la que debemos ofrecer una alternativa rupturista y de izquierdas. Es una tarea ineludible recuperar los principios, valores y discursos de la lucha antifascista, promoviendo un movimiento conectado con las problemáticas concretas de los barrios y, especialmente, de las migrantes. Debemos incorporar como objetivos el desarticular el discurso y movimiento de la extrema derecha y el hacer permeables y accesibles los valores de la solidaridad, el antirracismo, la lucha contra la exclusión y la defensa de la diversidad.

Y es que estas crisis económicas generan respuestas populares. La mayor parte de las veces son respuestas populares de carácter no muy elaborado, muy localizadas y además desconectadas de un gran relato político alternativo. Otras veces las respuestas están organizadas, si bien se enfrentan a regímenes políticos que saben prever esas circunstancias y se preparan para ello a través de la represión y el autoritarismo y no a través de compromisos reales. El reto de la izquierda es articular estas respuestas populares que van surgiendo, cohesionarlas en la práctica y dotarlas de una narrativa política que las relacione en un proyecto político de transformación, lo que significa crear conciencia. La recomposición de esas luchas fragmentadas parece requisito imprescindible para sentar las condiciones de la alternativa. Al mismo tiempo, las respuestas populares también se organizan, y conviene entonces preparar el terreno para que la movilización social y popular se manifieste con intensidad.

Dicho de otra forma, el papel de Izquierda Unida en su marcha hacia ser un verdadero movimiento debe estar centrado en la construcción de redes y tejido social concienciado y movilizado en torno al conflicto, extender la conciencia de clase, para lo cual debe dotarse de unos instrumentos organizativos adaptados a ese fin. El foco ha de estar situado en la calle y en los conflictos sociales, tejiendo redes de solidaridad que combatan el ascenso del individualismo neoliberal y de la extrema derecha al mismo tiempo, y dejando el aspecto electoral meramente como validador a posteriori de estas prácticas.

En este punto se unen las dos reflexiones: sobre la crisis de régimen y sobre nuestra crisis. Nos centramos en el conflicto para ahondar en la crisis de legitimidad del régimen político. Más allá del análisis demoscópico o geográfico, los mejores resultados de IU se han producido al calor de la movilización social. La vía para recuperar nuestro espacio es la movilización porque ella es la que crea conciencia de clase.

Para ello es indispensable que el discurso recobre toda su perspectiva de clase, interpelando a las clases populares acerca de sus problemas y sus soluciones y mediante un lenguaje que sea inteligible y pedagógico. Si nuestra clase social no entiende nuestro discurso, el problema es nuestro y no de otros. Nuestras sociedades están atravesadas por conflictos de clase y conflictos de otra naturaleza, como el ecológico o el de género, y necesitamos una organización que al mismo tiempo que sitúe esos conflictos en el centro del debate sea igualmente pedagógica. Esta reflexión tiene obligatoriamente su reflejo en la parte organizativa mediante una estructura de dirección dirigida a organizar el conflicto y a implicar a quienes protagonicen el conflicto en construcción de un Proyecto de nuevo país como alternativa sociopolítica que rompa con la actual realidad.

Vivimos también en una sociedad que encorseta a las mujeres en un concepto de feminidad completamente ajeno a la idea de iguales; a través de los medios de comunicación, con programas banales y sexistas dirigidos al público femenino. Todo ello no es casual, pues tiene como fin perpetuar los roles sexistas y estereotipos que sitúan a la mujer en un segundo plano de la sociedad y así apuntalar el sistema patriarcal.

Uno de los pilares en los que se basa la hegemonía del sistema capitalista es el patriarcado: unos valores ideológicos y unos estereotipos que relegan a la mujer a un papel secundario en la sociedad, que plantean el desigual reparto de la riqueza y del trabajo productivo y reproductivo entre hombres y mujeres. Una brecha salarial que va en aumento, la regulación de la prostitución como opción laboral para las mujeres pobres, la tolerancia misógina de la iglesia, la escasa implicación de los poderes públicos en la lucha contra la violencia machista son entre otros muchos elementos claves en el esquema de dominio que el capital ejerce sobre la mayoría social. Por lo tanto, no hay justicia ni democracia sin mujeres libres e iguales a los hombres en derechos económicos, políticos, sociales y culturales. La feminista es una revolución pendiente y nos comprometemos con ella para terminar con el patriarcado como uno de los elementos fundamentales para la construcción de un proyecto de nueva sociedad.

Frente a este sistema patriarcal oponemos la lucha de feminismo como única salida para acabar con la opresión tanto de las mujeres como del colectivo LGTBIQ. Esta

lucha debe ser un pilar que estructura nuestra actividad política, tanto interna (eliminando roles de género y comportamientos heteropatriarcales instalados en nuestra organización) como externa, participando junto a otras compañeras y colectivos de la lucha feminista y transfeminista; de cara a construir un movimiento feminista unido, combativo y capaz de construir lazos potentes de sororidad y nuevas formas de relación no opresivas.

Uno de los puntos más débiles del sistema capitalista son sus contradicciones medioambientales, el capitalismo solo puede crecer a costa de destruir el medio y no puede dejar de crecer porque eso es parte de su esencia. Además, no es concebible una sociedad desregulada socialmente y regulada ambientalmente, de hecho, una de las primeras medidas que han ido aplicando los gobiernos conservadores en todo el mundo ha sido destruir la legislación medio-ambiental, impulsada en su momento por la socialdemocracia y la presión social.

De hecho, la desregulación ambiental es otra gravísima agresión contra las clases populares, con la única diferencia que sus peores consecuencias se verán a más largo plazo, pero que afectarán profundamente a la calidad de vida de la población desde el momento en que provocarán un encarecimiento de las materias primas, gravísimas hambrunas, migraciones masivas y desarrollo de nuevas enfermedades, lo que limitará las posibilidades de supervivencia de nuestra especie.

Defender el medioambiente implica cambiar profundamente el modelo de relaciones productivas y sociales, por lo que su defensa consecuente pasa necesariamente por un modelo social anticapitalista, lo que implica que la ecológica es también una revolución pendiente que la izquierda debe asumir realmente. No basta con los formales apoyos a la defensa del medioambiente y los tímidos y contradictorios actos prácticos, es necesario asumir la lucha ecológica como otra cara de la lucha contra el modelo capitalista y avanzar consecuentemente en un modelo de desarrollo distinto

Objetivos políticos e instrumentos

Lo anterior es el reconocimiento, claro está, de que hasta ahora no hemos conseguido el objetivo de Izquierda Unida de constituirnos como movimiento político y social. Izquierda Unida se fundó como organización que recogía lo mejor del movimiento obrero y lo mejor de los nuevos y naciendo movimientos sociales, y sin duda en ese mestizaje virtuoso se ha producido un éxito notable. Sin embargo, en la I Asamblea de Izquierda Unida, en 1989, se explicitó que nuestra organización tenía que renunciar a ser un partido político tradicional, es decir, que no hiciera de lo electoral su razón de ser.

Desgraciadamente ese ha sido un objetivo no cumplido. IU se ha convertido cada vez más en una maquinaria electoral que ha dedicado su actividad política y la mayoría de sus recursos y estructuras a los hitos electorales. Así, se ha ido produciendo una conexión insuficiente entre los conflictos sociales y el ser de la organización. Siempre ha existido una conexión entre IU y los conflictos laborales, gracias a un nítido compromiso político, pero esa relación ha sido más pasiva que activa. IU asistía e incluso participaba en el conflicto pero no era ni vertebraba el conflicto.

Al mismo tiempo, las estructuras de la organización se han burocratizado como en cualquier partido político clásico. Eso ha convertido IU en una organización lenta, burocrática e inmovilista en su proclamada refundación, no cumpliendo los compromisos adquiridos con la militancia en sucesivas asambleas.

No en vano en la IX Asamblea se reconoció que IU era «una formación que tenía la vocación de ser una fuerza alternativa y que hacía de la crítica a las formas tradicionales de hacer política un aspecto central de su identidad, se había convertido en la práctica en un partido más, totalmente volcado en lo institucional, con importantes déficits en el funcionamiento democrático». Se recordaba asimismo que en el tiempo anterior «se fue produciendo una institucionalización perniciosa, que dejó la organización en manos de cargos electos y de equipos dirigentes que centralizaron en una minoría las decisiones estratégicas en lo político y organizativo, vaciando de competencias los órganos, gobernando en función de intereses que no eran los de la organización». En aquella asamblea se recordaba también que «Izquierda Unida se encuentra sumida en una grave crisis política y organizativa que amenaza la viabilidad del proyecto para el cual nació, proyecto que no era otro que ser el espacio de convergencia política y social de las ideas y los activistas que defienden un modelo social alternativo al del capitalismo neoliberal, globalizador y deshumanizado que nos quieren presentar como única alternativa viable de modelo de sociedad».

Finalmente, el documento planteaba que «IU debe ser el embrión de la recuperación política de la izquierda transformadora y anticapitalista española, sin descartar que al final de ese camino de la actual IU nazca una fuerza política diferente, más rica y plural, un verdadero movimiento político y social con verdadera influencia política y capacidad de realizar los profundos cambios que nuestra sociedad demanda». Ese proceso, llamado de la refundación de la izquierda, fue aprobado por la IX Asamblea de IU en noviembre de 2008.

Dos años más tarde, en junio de 2010, se publicó el *Llamamiento a la Izquierda* en la que se reconocía que en IU existía «la ilusión de converger con otras personas en un espacio común de deliberación y aprendizaje colectivo en un proyecto emergente, cooperativo». Concretamente se afirmaba que «el camino de la refundación de la izquierda en nuestro país en un proceso constituyente, es ya irreversible». Y, en definitiva, el llamamiento era explícito hasta el punto de que se reconocía que «no hay un final predestinado, más allá de esa voluntad de culminar con una formación política de nuevo tipo».

Finalmente en la X Asamblea, en 2012, se continuó recordando que «Izquierda Unida ha de reconocer que, a partir de la larga etapa que va desde la III Asamblea Federal a hoy, hemos ido construyendo de hecho, en lo organizativo, un partido político mucho más que el movimiento político y social que decimos ser». También se decía que «es el momento de culminar este proceso avanzando en la X Asamblea Federal hacia un profundo cambio organizativo en I.U. de métodos de funcionamiento y de personas que practiquen con coherencia», cosa que en todo caso no se hizo tampoco.

Continuando así con aquellos acertados diagnósticos, y que son lo aprobado por nuestra militancia, en la XI Asamblea queremos declarar que la actual configuración y enfoque de Izquierda Unida tiene que adaptarse a los cambios sociales y políticos que han tenido lugar en los últimos años.

La tarea de la nueva dirección será la de acometer profundos y ambiciosos cambios para adaptarse a las necesidades de las clases populares. Ello se traduce en constituir una organización más ágil, rápida, democrática y eficaz que trabaje para conformar un verdadero movimiento político y social que vaya más allá de IU. En este sentido, la IU resultante de la XI Asamblea debe ser una organización en transición hacia un nuevo movimiento anticapitalista, ecologista y feminista que esté volcado en los conflictos sociales y que sea, ante todo, un verdadero movimiento político y social.

Necesitamos una IU volcada en la construcción de una alternativa que sustente la estrategia de una ruptura democrática y que plantee un proyecto de nuevo país. De esta manera, plantear la recuperación electoral como un objetivo en sí mismo es un completo error estratégico que nos puede llevar a la frustración y a creer que no existe espacio suficiente para desarrollar nuestra estrategia. Mientras que si, por el contrario, la centralidad de nuestra acción política se sitúa en la consolidación del espacio de este proyecto rupturista las perspectivas de futuro en todos los ámbitos, incluido el electoral, se amplían y toman otro sentido.